
**Kamen, H. *Felipe de España*.
Madrid, 1998, 364 p.**

Puede suceder con frecuencia que un libro sea objeto de una o varias reseñas críticas. Pero, esto puede ser particularmente significativo cuando al mismo tiempo se convierte en el centro de debates y controversias, mucho más si –como en el caso que nos ocupa– tenemos en cuenta que han sido numerosas las obras producidas en torno del cuarto centenario de la muerte de Felipe II. Sin olvidar su contundente éxito editorial, nos interesa reflexionar sobre algunos aspectos de *Felipe de España*, y señalar que analizamos su octava edición, pero que ha sido reeditado por lo menos dos veces más hasta el momento, llevando por tanto diez ediciones desde su primera publicación en 1997.

Se trata de un estudio basado en la correspondencia inédita del rey y de un relevamiento de éstas y otras fuentes documentales en distintos archivos europeos. Al mismo tiempo, se utilizan las obras que previamente se han ocupado de la vida del monarca con el propósito declarado de correr el velo misterioso que ha ocultado, por mérito –en muchos casos– de la desinformación, al verdadero Felipe II y arro-

jar así nueva luz sobre las actitudes del rey y delinear un sorprendente y novedoso perfil.

Los tratamientos que ha merecido el tema a lo largo de cuatro siglos han dado como resultado una imagen en la que predominan matices negativos que afectan parte o la totalidad del reinado del segundo Felipe. En general, esto podría atribuirse a la buena calidad de las obras de los enemigos declarados del rey tanto como a la mediocridad de sus defensores. En este libro se intenta una lectura renovada del rey desde sus propios testimonios contextualizados en los tiempos y lugares que son pertinentes en cada caso, y se puntualizan las diferencias o coincidencias con el tratamiento del tema por los autores que se ocuparon de él con anterioridad.

En cualquier caso, no parece tarea sencilla lograr la interpretación de las acciones políticas de los actores sociales conjugándolas con las actitudes personales, pues resulta difícil diferenciar el político del hombre, el individuo que ocupa circunstancialmente el trono y la función real que él ejerce.

El seguimiento para delinear la trayectoria vital del rey comienza con la parte destinada a estudiar la formación del heredero del trono; en ella desfilan los personajes que dejaron una huella en la formación del joven príncipe, la influencia materna, los ayos y tutores encargados de su formación erudita. Sus afectos, su niñez solitaria, la vida cotidiana en la Corte, su temprana participación en la política a pedido de su padre y las marcas que esta dedicación dejaría en su percepción del mundo.

El autor se ha propuesto en realidad producir una biografía que permita comprender las motivaciones que inspiraron las decisiones públicas de Felipe II. Sin embargo, en algunos casos el análisis de esas motivaciones con criterios o categorías que exceden el contexto que las produce corre el riesgo de convertirse en justificación, con el objeto de “desactivar” la imagen clásica de Felipe producto de la “leyenda negra”. En este sentido, encontramos –por tomar un ejemplo– un rey que aparece flexible en la Dieta de Augsburgo o suavizando cuestiones religiosas durante su permanencia en Inglaterra.

La mitificación del soberano como “el demonio del sur” en consonancia con el odio hacia España en el marco de las “guerras de religión” es –como ha sido reconocido por los especialistas–, en gran parte, resultado de una guerra ideológica que las potencias protestantes alimentaron con el objeto de debilitar a la “monarquía hispánica” y a su rey. Pero son importantes

los argumentos para resaltar que –estas premisas responden a una argumentación sólida, ya sostenida por el autor en otras obras de su producción– la “monarquía católica” no pudo o no supo estar a la altura de los publicistas opositores y nunca respondió en el nivel adecuado fabricando una imagen favorable si exceptuamos el caso portugués. Sin embargo, es difícil suponer que se tratara de un reinado fuertemente condicionado a nivel nacional e internacional, un poder alejado de lo que supone la calificación de “absoluto” que impidiera, en definitiva, la atribución a la persona del rey de los éxitos o fracasos con carácter de exclusividad.

La multiplicidad de frentes convergentes vuelve exiguos los recursos de una monarquía exigente y exigida. Presionado por situaciones conflictivas simultáneas, Felipe II aparece justificado en sus decisiones y definido como un monarca que amaba la paz y en consecuencia odiaba la guerra. Pero, ¿se trata de un pacifismo resignado porque no tiene ejército y marina permanentes o de un verdadero irenismo inspirado en la lectura de escritos erasmianos traducidos para él?

Nos encontramos ante un monarca que sabe tomar decisiones por cuenta propia aunque realice las necesarias consultas previas. Sus acciones son meditadas y se guían por un conjunto de principios que rigen los actos de quien es responsable de la mayor potencia mundial del tiempo. En todo caso, forman parte de un estilo personal

que, aunque ha sido criticado, no es muy diferente del que caracteriza a otros de sus contemporáneos o de los nuestros, como ya había señalado G. Parker. Las críticas a las decisiones regias aparecen así como parte de los riesgos asumidos por un hombre poderoso que se ha convertido en el más temido y odiado del mundo; alguien que, aun en los momentos en que su salud estuvo seriamente comprometida, quiso mantener el control de su gobierno y de todos los asuntos relacionados con él. Teniendo en cuenta este alto nivel de participación, resulta difícil eximirlo de responsabilidades ante decisiones como las tomadas frente a los graves incidentes de Aragón.

La comparación con otros estados europeos da como resultado la representación de un sistema de gobierno en el que la autoridad del rey no es absoluta, entendida en sentido despótico. La imagen tradicional de un gobierno centrípeto y personalista cede lugar a un sistema en el que las consultas con sus entornos son permanentes y en el que se asigna un papel importante a la información y el consenso. Sin embargo, aunque se acepte el peso que tenía el contexto en las prácticas de los soberanos, no deja de sorprender la afirmación de Kamen al decir que los gobiernos del siglo XVI no se regían por una política y actuaban sobre los hechos. Tal vez podríamos coincidir en la afirmación de que tenían una política que debieron adaptar, cambiar o resignar en distintos momentos, pero esto no significa que carecieran de ella.

El rey es definido como un verdadero humanista y mecenas en la Corte, tiene preocupación por la ecología y manifiesta interés por la protección del equilibrio ambiental. Sin embargo, esto no es un obstáculo para que sea declarado amante de la caza y de la pesca. Se destaca su interés por los súbditos americanos, su protección a Las Casas y la recepción de una delegación de indios de Chiapas; pero al mismo tiempo, luego de alguna resistencia, apoyará las reglas sobre la “pureza de sangre” o utilizará los mecanismos que le provee la Inquisición para conseguir un mayor grado de control en sus territorios. Frente a hechos y actitudes que pueden considerarse opuestas, nos preguntamos si es posible pretender coherencia en un personaje tan complejo, esperando introducir en sus acciones una uniformidad que la realidad no tuvo, o si por el contrario, se deben mostrar las contradicciones y la ambivalencia, el juego de tendencias encontradas que forman parte de las distintas manifestaciones que tuvo como hombre y como rey. En todo caso, el personaje se ha construido siguiendo su articulación en diferentes contextos, a través de miradas que rescatan cambios de ritmo, intensidad y contenido en una larga actuación política.

Los estudiosos de Felipe II reconocen los aportes para el tratamiento de la vida y la época del soberano de las biografías – entre otras– de Pierson y Parker, especialmente de este último, quien ha propuesto un Felipe II en consonancia con los condi-

cionamientos del contexto y comparándolo con figuras políticas del siglo XX, si bien con resultados diferentes de los que arriba Kamen. Reconociendo la validez de estos estudios, el autor aspira a un grado de originalidad pretendida como absoluta.

En una apuesta por desmitificar la imagen lúgubre del rey, Kamen, al construir una biografía de Felipe II en la que la vida del rey sirve de centro que articula la narración de los hechos, elige redescubrir al hombre para llegar al político y en este sentido logra una visión del rey que ha sido recibida con beneplácito por un numeroso público. La difusión lograda por su obra ha superado el hiato entre la producción de los investigadores y el gran público que ha sido objeto de tantas preocupaciones

académicas y debates. Felipe II es objeto de discusión y comentario en ámbitos mediáticos desde una nueva perspectiva y trasciende las preocupaciones del análisis exclusivamente científico. Avalado por la significativa producción de un hispanista que aporta una nueva mirada sobre el monarca, el resultado es una obra de síntesis en la que no falta la reflexión y las contradicciones de las que no estaba exento un rey que podía admirar “El jardín de las delicias” de El Bosco o las “Metamorfosis de Ovidio” de Correggio.

María Luz González
Universidad Nacional de
Mar del Plata